

DOSSIER

OLVIDOS, DISCURSOS Y SISTEMAS NORMATIVOS: LA CULTURA NGIGUA EN EL MUSEO DE TEHUACÁN

OBLIVIONS, DISCOURSES, AND NORMATIVE SYSTEMS: THE NGI-
GUA CULTURE IN THE MUSEUM OF TEHUACAN

FELIPE JAVIER GALÁN LÓPEZ*
DANIELA VARILLAS PÉREZ**

Fecha de entrega: 17 de septiembre de 2022

Fecha de aceptación: 13 de octubre de 2022

* Doctor en Historia y Estudios Regionales, licenciado en Antropología por la Universidad Veracruzana. Investigador nacional nivel 1, SNI Conacyt, perfil PROMEP, Padrón de Investigadores de Veracruz, miembro del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales A.C (CEAS), de Antropólogos Iberoamericanos en Red (AIBR). Profesor adscrito a la Universidad Pedagógica Veracruzana. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0001-9715-2593>
Contacto: javiergalan74@hotmail.com

**Estudiante de octavo semestre de la licenciatura en Lengua y Cultura en la Universidad Intercultural del Estado de Puebla, unidad sur, Tlacotepec de Benito Juárez Puebla. Es originaria de la localidad ngigua de San Marcos Tlacoyalco. Contacto: dp161824@gmail.com

RESUMEN

La nación ngigua (popoloca) es uno de los pueblos más antiguos que tiene presencia en la región del Valle de Tehuacán. Han sido negados en diferentes momentos de los discursos históricos locales y en reiteradas ocasiones son mencionados solamente como “indígenas”, sin diferenciarlos de otros pueblos. Uno de los rasgos culturales ngiguas es su historia relacionada al origen del maíz. En el museo del Valle de Tehuacán hay una exposición sobre el maíz como elemento del pasado indígena y sobre los sistemas normativos que originaron Tehuacán como “Ciudad de Indios en 1660”. Presentamos un análisis sobre el proceso de negación ngigua a partir de los elementos expuestos en el museo.

PALABRAS CLAVE: *Sistemas normativos, Valle de Tehuacán, Cultura Ngigua, olvidos, indígenas.*

ABSTRACT

The ngigua nation (popoloca) is one of the most ancient villages, which has its presence in the region of Valle de Tehuacan. In different occasions the local historical discourses have been denied and in other determined cases they have been mentioned as “natives” without differentiating them from other towns. One of the ngiguas’ cultural traits is their history related to corn, In the museum of Valle de Tehuacan there’s an exposition about the corn as an element of the indigenous past and the normative systems that originated on Tehuacan, like “Ciudad de Indios en 1660”. We present an analysis of the process of ngigua denial based on the elements exposed on the museum.

KEYWORDS: *Normative Systems, Valle of Tehuacan, Ngigua Culture, Oblivion, Indigenous.*

INTRODUCCIÓN

Misión pastoral, tarea evangélica, conciencia religiosa, surge la iglesia de Cristo en estas tierras con el arribo de la orden franciscana, cede la idolatría mesoamericana, su panteón completo, ante la cruz del nazareno. Huitzilopochtli y Tezcatlipoca se esfuman en el horizonte de la práctica mística (Esteban Setién, 1998, p. 19).

La importancia que tiene Tehuacán (Puebla) en la historia de los pueblos

originarios es de gran relevancia no solamente para el municipio que, en el año 2022, cumplió 362 años de haber adquirido el título de “Ciudad de Indios”, sino para toda la región y la historia de Mesoamérica.

En este trabajo presentamos un análisis sobre cómo ha sido omitido el nombre de la cultura ngigua (popoloca), a partir de una ideología impuesta por la civilización occidental, a través de un sistema normativo colonial impulsado por franciscanos en el siglo XVI en Tehuacán, lo que permitió invadir los antiguos territorios popolocas, elemento histórico del que se apropia un discurso antropológico de mestizaje colonial, que contribuyó a la negación de los nombres de los pueblos originarios en sus denominaciones, en particular de la cultura ngigua, varios siglos después.

Consideramos que resulta fundamental hacer análisis críticos sobre las salas de los museos locales, es así como elegimos y analizamos discursos expresados por los cronistas de Tehuacán en su revista *Patrimonio e Identidad* y las exposiciones en el museo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) del Valle de Tehuacán, ubicado en el municipio del mismo nombre, situado en el sureste de Puebla, ya que este recinto cultural expone documentos e imágenes sobre los sistemas normativos impuestos a los pueblos indios en una sala temporal y en su sala permanente muestra parte de la historia del origen del maíz, pero omite los nombres de los pueblos que se asentaron en la re-

gión.

Para el cronista de la ciudad “Lo más valioso que veremos aquí, son las muestras que avalan al Valle de Tehuacán como cuna del maíz en Mesoamérica. Y lo que dio como resultado el avance de la cultura” (Gámez Andrade, 2019, p. 15); sin embargo, dos preguntas que resaltan al visitar este museo son las siguientes: ¿quiénes fueron los pueblos originarios que habitaron este lugar? y ¿por qué no son mencionados por su nombre propio?

El museo expone la importancia para entender a las civilizaciones originarias que se asentaron en la región del Valle de Tehuacán, que han tenido como característica la identidad étnica como elemento histórico-cultural a la domesticación del maíz, expresado como el rasgo cultural de distinción más sólido a lo largo del tiempo para la región, pero en su museografía no se mencionan a los pueblos originarios por su nombre, esto tiene que ver con que las elites en el poder local han construido un imaginario de mestizaje que impone lo español sobre lo indígena, a pesar de que paradójicamente Tehuacán nació como “Ciudad de Indios” en 1660.

MÉTODOS Y APROXIMACIÓN CONCEPTUAL

Resulta central analizar y comprender la construcción de versiones sobre la historia de los pueblos originarios que habitaron esta amplia y diversa zona, que ha tenido presencia principalmente de ngiguas, mixtecos, mazatecos y nahuas, que, durante el proceso de colonización

europea en el siglo XVI, experimentaron un fuerte choque cultural, que sigue teniendo impacto en la actualidad en Tehuacán, municipio que ha borrado la presencia viva de la cultura ngigua y paradójicamente exalta la importancia histórica de un indígena de museo. En especial reflexionamos desde la Antropología Histórica, sobre la omisión de la nación ngigua de casi todas las representaciones de la historia de Tehuacán.

Nos situamos en un marco teórico desarrollado desde una Antropología Histórica, pues son los sujetos históricos omitidos sobre quienes nos interesa reflexionar en este artículo. Por lo que hacemos una descripción sobre las salas del museo del Valle de Tehuacán y situamos al lector en el contexto de la invasión a los pueblos de origen mesoamericano.

Entendemos a la Antropología Histórica como el pensar antropológicamente procesos históricos problemáticos, tal como se viene haciendo desde hace varias décadas, coincidimos con Ponce en lo siguiente:

La historia con un enfoque antropológico fue rescatada, trabajada y perfilada en gran medida por la perspectiva de los Annales, a partir de propuestas como la “larga duración” de Fernand Braudel, las “mentalidades” de Jacques Le Goff o la de “representación” utilizada por Roger Chartier, desde las cuales se retoman temas clásicos de la antropología para estudiarlos en realidades históricas (2021, p. 100).

Es decir, partimos de la idea de que, a través de un proceso discursivo problemático que implica el encuentro entre la Antropología y la Historia, es como podemos retomar lo planteado por Kuri y Millán: “como la historia de los hábitos físicos, gestuales, alimentarios y mentales, estudiados como fenómenos a través de los cuales se designa una sociedad y una cultura; fenómenos no significantes sino significados, es decir, digeridos e interiorizados por la sociedad” (2021, p. 8).

En este trabajo presentamos parte del proceso interiorizado de negación de la cultura ngingua poniendo atención a las instituciones impuestas por la Corona Española en el siglo XVI y XVII, y asimismo presentamos cómo se construye el discurso de la civilización del maíz, ambas ideas expuestas en el museo del Valle de Tehuacán administrado por el INAH.

Analizamos, por lo tanto, la creación de un discurso histórico-antropológico alrededor de la cultura del maíz prehispánico, como elemento aglutinante para los pueblos nginguas asentados en el sureste de Puebla, pero cuestionamos las razones para que los nginguas hayan sido omitidos como el pueblo originario mostrado en el museo.

El análisis que hacemos es a partir de la descripción de la revisión que parte de la idea de fundación de Tehuacán y del discurso en el museo, así como de sus documentos sobre dos momentos históricos que ubicamos en:

a) Los discursos alrededor de los sistemas normativos en la denominada “Ciudad de Indios de Tehuacán” tomando como ejemplo la fundación de Tehuacán en la época colonial y

b) La descripción del rasgo cultural “origen del maíz”, como elemento central de la historia de la región del Valle de Tehuacán, con la característica de que las denominaciones originales de los pueblos nginguas que lo desarrollaron no aparecen como elemento central. Todo esto lo miramos desde el presente, pero desde una dimensión histórica, siguiendo lo propuesto por Marc Bloch de que la historia es la ciencia de los hombres en el tiempo (1998, p. 23).

Describimos la sala que expone la historia del maíz y su presencia en la región del Valle de Tehuacán, pues en ella se exponen los primeros estudios que se realizaron sobre la domesticación de esta planta por parte de Richard Mc Neish durante la década de 1960. Además, la crónica local retoma en una publicación reciente en la revista “Patrimonio e identidad” (McNeish, 2019), a los estudios de este importante científico que sigue siendo determinante para analizar toda la amplia zona, considerada como una de las culturas originarias del maíz.

Este rasgo cultural tiene una conexión directa con un pasado de origen mesoamericano y por lo tanto con un imaginario estático de museo que está presente en los discursos políticos y educativos de la vida cultural en esta ciudad, pero que contrasta con la fuerte

presencia ngigua, náhuatl y mixteca que tiene vida en los mercados, en las calles de la ciudad, en una población marginada que sobrevive en las juntas auxiliares, en los barrios y colonias populares.

Para entender a la región en una dinámica cultural, movable y distinta, es decir en una concepción simbólica de la cultura (Geertz, 2006), presentamos una descripción de las salas del museo, pero también los datos estadísticos del INEGI, en la que como hemos señalado líneas atrás, los pueblos ngiguas únicamente son señalados como “población indígena”, sin especificar su nombre.

Vamos a definir a los imaginarios indígenas y a los sistemas normativos expuestos en el museo del Valle de Tehuacán como discursos históricos, que analizamos en cinco partes:

1) Elementos teóricos.

2) Tehuacán, la ciudad de indios y su proceso normativo. El discurso impuesto sobre los naturales (población originaria).

3) El discurso histórico sobre la cultura del maíz como elemento central en la región de Tehuacán.

4) Presencia indígena actual en la región del Valle de Tehuacán y

5) Descripción de las salas del museo del Valle de Tehuacán, los imaginarios sobre un mundo indígena estático, alrededor del elemento de la identidad del maíz.

HALLAZGOS Y DISCUSIÓN

1) Elementos teóricos para comprender la importancia del mundo indígena en Tehuacán

Tomamos el concepto de imaginario social y de discurso como práctica de Haider (2000), para abrir un debate sobre la construcción de los discursos histórico-antropológicos que son visibles alrededor del pasado indígena de la región del Valle de Tehuacán.

En los últimos quinientos años la historia de los pueblos originarios ha estado en una dinámica de relaciones desiguales, existió un proceso de desindianización (Bonfil Batalla, 2005, p. 73).¹ Por ejemplo, las culturas ngigua, náhuatl y mixteca, que tienen presencia en el sureste poblano (Gámez, 2006) han sido omitidas por el discurso histórico local actual, les despojaron de sus tierras a lo largo de varios siglos y el nombre de cada grupo étnico ha sido eliminado de muchos de los discursos en gran parte de los libros publicados sobre historia de Tehuacán. Además, los han englobado en la categoría general de “indios”, que desde nuestra perspectiva cumple

1. Bonfil Batalla explica el proceso desigual en el capítulo “Lo indio desindianizado”, afirma entre muchas cosas lo siguiente: “Aunque la ideología colonial dominante restringe la herencia mesoamericana viva al sector de la población que se reconoce como indio, la realidad nacional encierra una verdad diferente. La presencia y la vigencia de lo indio se encuentra en casi todo el espectro cultural del país...” (2005, p. 73).

con lo expresado por Bonfil Batalla, que se trata de un proceso de desindianización. Esto es visible en los discursos sobre la fundación de Tehuacán y en las salas del museo del Valle de Tehuacán y en general de buena parte de la historia del estado de Puebla, donde se menciona los nombres de los pueblos indios de manera muy general y somera, aunque se exalta su pasado.

Lo mismo ha sucedido a nivel nacional, la mayor parte de la historia de las naciones originarias que habitaron lo que hoy es México, utiliza la noción de “pueblos indígenas” y recientemente la categoría de “pueblos originarios”, pero muy poco se explora en la historicidad de cada uno de ellos, es decir se prioriza en una relación jerárquica la construcción de imaginarios locales de mestizaje. Asimismo, la categoría de indio ha sido muy útil en una exaltación del pasado y una negación del presente, en otras palabras, en una relación colonial, como Bonfil Batalla (2005) afirma, forman parte de un proceso colonial.²

La antropología mexicana durante el siglo XX se dio a la tarea de ubicar, describir y de realizar valiosos trabajos sobre las regiones culturales de México, el

legado etnohistórico que han realizado generaciones de antropólogos, etnólogos y sociólogos es parte de un patrimonio muy rico de expresiones culturales que conforman México en el presente, pero no siempre fue así; como está bien documentado por la historia, el proceso colonial ha sido complejo y contradictorio, tal como lo expuso Bonfil Batalla en *México Profundo* (2005), se trata de una civilización negada.

El concepto de imaginario que abordamos en este trabajo lo entenderemos desde la perspectiva de García Rodríguez, como parte de las construcciones que incorporan elementos heterogéneos que la actividad mental produce y objetiva en: creencias (categoría de “verdades” propias e indesmentibles), juicios de valor, etc. (Baeza, 2000, p. 21, citado por García Rodríguez, 2019, p. 38).

Son composiciones ya socializadas en el tramado mismo de las relaciones sociales, con el propósito de dar inteligibilidad al cosmos, al mundo, a la sociedad, a la naturaleza, a la vida desde sus orígenes y a la muerte, etc. (...) Deben ser considerados en tanto que la base misma de ese “mínimo común denominador” ideacional que cohesiona a los grupos sociales, cualquiera sea el tamaño de estos (Baeza, 2000, pp. 33-34, citado por García Rodríguez, 2019, s/p.).

Retomamos el concepto de discurso histórico/práctica discursiva, para entender a los sistemas normativos impuestos y a los imaginarios sobre lo indígena desde la perspectiva de Haidar, teniendo en cuenta que un discurso como práctica

2. Bonfil Batalla asegura que: “El principal objeto de la explotación fue el indio, el colonizado. La definición de su papel en la sociedad novohispana, más allá del interminable discurso jurídico, fue la de los súbditos miserables de su majestad obligados a crear la riqueza que disfrutarían los colonizadores aquí y al otro lado del Atlántico...” (2005, p. 136).

y en este caso visualizado en los discursos fundacionales y en las exposiciones del museo, tiene las siguientes características:

Es un conjunto transaccional que presenta reglas sintácticas, semánticas y pragmáticas. Es un conjunto transaccional que contiene reglas de cohesión y coherencia. Siempre se relaciona con las condiciones de producción, circulación y recepción. Está constituido por varias materialidades y funcionamientos diferentes. Es una práctica social peculiar (2000, p. 39).

Por lo tanto, el discurso como práctica alrededor del mundo indígena expuesto en el museo que estudiamos se ha construido a través de dos imaginarios: los sistemas normativos impuestos en la época colonial, tomado por la elite en Tehuacán para justificar el dominio de un mestizaje criollo, y la centralidad del maíz como rasgo cultural de la identidad de un indio cuya imagen debe quedarse estática en el museo en la región del Valle de Tehuacán.

Esta construcción como discurso histórico retomando a Haidar (2000) tiene una coherencia sintáctica, semántica y pragmática que gira alrededor de un conjunto transaccional denominado mundo indígena, cuyas condiciones de producción, circulación y recepción –como afirma Haidar–, tienen que ver con un proceso histórico que es apropiado por el discurso de los cronistas locales, y por el INAH en el discurso expuesto en el

museo del Valle de Tehuacán.

Al sistema normativo, retomando a Cajal, lo definiremos como:

Es el conjunto de normas e instituciones, así como los entes que aplican el derecho que regula la sociedad en un territorio concreto. Comprende la creación, la aplicación y la enseñanza de la legislación. El sistema normativo es gestionado por el Estado para facilitar la convivencia, estableciendo reglas de conducta para los individuos (2013, s/p).

Retomamos la posición sobre Sistemas Normativos para esta distinción histórica de González y Villanueva.

Es importante resaltar que estos sistemas (indígenas) no comparten, para empezar, un sistema de derecho, pues es un concepto construido históricamente por el Estado como un ente de control y poder ejercido para colectivos de diversa condición económica, política y sociocultural. De modo que los sistemas normativos de control pueden ser de diferentes órdenes “exteriores”, que aun cuando coexisten en él, no dejan de marcar sus diferencias culturales en circunstancias adversas o favorables (2014, p. 18).

2) Tehuacán la “Ciudad de Indios” y su sistema normativo colonizador: los discursos fundacionales

Tehuacán en el presente es una ciudad cuya población, producto de un discurso

de mestizaje histórico, niega la presencia de sus pueblos ngiguas, mixtecos, nahuas y mazatecos. Asimismo, a estos grupos los relacionan con un pasado glorioso pero estático, de museo. A lo largo de casi cuatro siglos, en este municipio, que es el segundo más importante del estado de Puebla, se ha construido una imagen de colonización en la que se impuso al mestizaje criollo, basado en estructuras jerárquicas desiguales, en la que el indio como sujeto histórico ha sido sometido por una posición eurocéntrica, desigual y se le ha omitido mencionarlo en su nombre como parte de un sistema que incluye un rico pasado y que se extiende a varios siglos.

En el caso de lo sucedido en Tehuacán durante la Colonia, existió un proceso que tuvo que ver con la imposición de un sistema normativo para controlar a la población originaria de la región, para colonizarla y también que los colonizadores europeos invadieran legalmente los territorios que estaban ocupados desde varios siglos atrás. Meade afirma que:

El asentamiento humano que encontraron los españoles a su llegada al Valle en los comienzos del siglo XVI fue el de Coapan, paso obligado entre Tenochtitlán y al sur de Mesoamérica: las mixtecas, Tehuantepec y Centroamérica. Los habitantes de Coapan hablaban náhuatl y vestían a la manera de los mexicas (1992, p. 4).

Cuando los españoles llegaron a Me-

soamérica en el siglo XVI, pasaron por la región del Valle de Tehuacán. Al respecto Andrade explica que:

En septiembre de 1520, Hernán Cortés tomó el control de una de las ciudades estratégicas de Mesoamérica, Tepeaca, un polo comercial importante, e inmediatamente después ocupó las poblaciones cercanas, como Tecamachalco, Quecholac, Tecali y Cuauhtinchán. En esos años, en la región de Tehuacán había cuatro unidades políticas importantes: Tehuacán (nahuas y ngiguas), Chapulco (ngiguas), Zapotitlán (ngiguas y nahuas) y Coxcatlán (nahuas, ngiguas y mazatecos) (2021, pp. 175-176).

En la cartografía sobre Tehuacán escrita por Mercedes Meade en 1992, rescata de las crónicas de Mendieta que este territorio fue uno de los lugares donde los españoles más trabajaron para colonizarlo y para destruir los vestigios antiguos, que correspondían a la civilización ngigua. “[...] la etimología del nombre parece significar lugar de los dioses y era grande el número de ídolos que en aquel pueblo había. En el lugar existía un centro ceremonial que fue destruido por los españoles” (p. 4).

Andrade (2022, pp. 133-150) en “Afirmación y Negación. Lenguas y Pueblos Indígenas en la Región de Tehuacán” explica el proceso histórico que pasaron los pueblos indígenas en la región, resalta la larga presencia de grupos que se conectan con los actuales ngiguas:

Alrededor del año 4000 a. C., llegaron a esta región migrantes hablantes de la lengua proto-otomangue, específicamente de otomangue oriental, que tuvo entre sus variantes el popoloca-zapoteco, que a su vez se convirtió en dos idiomas, el zapotecano y el popolocano” (p. 134).

Afirma Andrade que “... los chochopolocas fundaron la ciudad de Ndchjian (Tehuacán Viejo)” (p. 135). Posteriormente hubo una serie de transformaciones, sin embargo, la presencia y la negación de estos pueblos ha sido constante. En el presente los grupos sociales que controlan la economía y la vida cultural de Tehuacán impulsan la idea de que esta ciudad es producto de un mestizaje, en el que a pesar de haberse fundado como “Ciudad de Indios” durante la Colonia, se impuso una ideología criolla con un fuerte origen español.

Lara Tenorio (1998, p. 109) en el trabajo “Y dijo el Rey que los pueblos se juntasen”, desarrolla la idea de que de forma armoniosa en el siglo XVI, el Virrey Gaspar de Zúñiga en agosto de 1602 acató la orden del Rey Felipe para pacificar la región de Tehuacán, pero en realidad fue el principio de un proceso de despojo, de invasión de tierras que los colonizadores españoles iniciaron y donde se fueron apropiando no solo de grandes extensiones de tierra, a partir de un reparto de congregaciones iniciado en octubre de 1602. Lara Tenorio muestra los nombres de los principales tributarios y padrones en la cabecera real de

Tehuacán, pero exalta el discurso donde justifica la “buena acción del Rey”.

Lo anterior contrasta con lo expuesto por Cuamatzi (2021, pp. 213-235), en “Narrativa de la conquista y surgimiento de los pueblos de indios en el proceso de colonización en el norte del Valle de Tehuacán”, en el que la autora recupera, retomando los estudios de Hildeberto Martínez, lo que denomina como “estrategia de despojo que incluye prácticas legales e ilegales” (p. 216) en el sur del estado de Puebla, en el territorio que comprende de Tecamachalco a Tehuacán.

Más comunes fueron las invasiones que se hicieron con pretextos que proporcionaban una fachada de legalidad. Contratos de arrendamiento entre indios y españoles, promesas de entregar a los indios ciertas tierras a cambio de otras o el robo y retención de los títulos de propiedad de los indios son algunos de los escenarios que proveían una fachada legal para apropiarse de las tierras (p. 217).

La fundación de Tehuacán ha sido determinada por historiadores y cronistas a partir del momento en que los franciscanos edificaron un convento en el antiguo asentamiento ngigua popoloca que se llamaba Calchualco (Meade, 1992); como sucedió en varios lugares, se intentó construir la historia de un lugar a partir de la llegada de los españoles y por lo tanto resultó necesario borrar el pasado indígena.

García Martínez (2004, pp. 58-112) afirma que hubo un proceso colonial en dos etapas en el territorio que hoy es México. El primero lo denomina “El periodo fundacional (1519-1610), el segundo corresponde al “Periodo de madurez y autonomía (1610-1760)”. Es en el primero cuando se funda Tehuacán por los franciscanos según los crónicas locales y en el segundo periodo fue cuando Tehuacán obtuvo la denominación de “Ciudad de Indios” en 1660, cuando también obtiene un escudo.

Como está bien documentado por muchos historiadores desde 1519, inició un proceso de invasión y colonización del altiplano central de Mesoamérica. Lo que implicó invadir territorios, someter a su población, destruir ciudades y los centros ceremoniales, esto también sucedió para la antigua ciudad de Ndachjian,³ que fue descubierta hasta principio de siglo XX y fue hasta el final de este siglo en que empezaron a hacerse

trabajos de excavación arqueológica, y finalmente se abrió al público en años recientes; cabe destacar su museo también abierto hace poco y que expone piezas de la antigua ciudad de origen ngigua (INAH, 2022).⁴ En el actual museo de sitio en cambio sí hay un reconocimiento en los discursos expuestos a este lugar como parte de la cultura popoloca.

Así como en la denominada “Tehuacán el viejo”, que fue una de las ciudades ngiguas más importantes, en gran parte de las antiguas ciudades mesoamericanas se construyeron nuevos pueblos de indios, villas y ciudades. En el caso de Tehuacán su fundación vino de la mano de la presencia de la orden de los franciscanos; este es un elemento insistente con el que la visión colonizadora (que es la que retoman las elites en Tehuacán siglos después), borra a los ngiguas como parte de la historia viva de este lugar.

Los franciscanos llegaron a evangelizar a Coapan, pero decidieron cambiar a la gente a otro sitio y lo hicieron al lugar llamado Calchualco o Tehuacán Viejo, hacia 1538. Afirma Peñafiel que fue aquí en donde Fray Toribio Benavente “Motolinia”, escribió su obra *Historia de los indios de la Nueva España*, en un primer convento que se fundó bajo la advocación de Nuestra Señora de la Visitación, en la ladera de una colina, dependiente de la provincia del Santo

3. La zona principal prehispánica, conocida como Tehuacán Viejo, es un recinto arqueológico que cuenta con al menos 30 pirámides ubicadas en una extensión de alrededor de 120 hectáreas, de las cuales ya se han descubierto y consolidado algunas estructuras, como la Plaza principal (...) La Ciudad de Ndachjían está ubicada sobre una meseta al pie del Cerro Colorado, que sirvió de fortaleza ante las constantes invasiones. Según Ximello (2013) existen denominaciones locales para el lugar como: “la mesa”, “cerro de las escaleras” y “tepetlalco”. “La mesa era parte del antiguo Altépetl Ndachiná-Teohuacán, cuyo jeroglífico aparece en diversos lienzos mixtecos como el de Tlapiltépec y el de Ilhuitlán.” (Carranza, 2018, p. 31).

4. Ver nota sobre la zona arqueológica en: <https://lugares.inah.gob.mx/es/zonas-arqueologicas/zonas/14643-tehuac%C3%A1n-el-viejo.html>

Evangelio de México (Meade de Angulo, 1992, pp. 4-5).

Es muy importante recordar que de la mano de los franciscanos vino un proceso muy violento en varias regiones culturales de México, en el que se destruyeron las representaciones históricas de los pueblos originarios, seguramente entre ellas las de los ngiguas, mixtecos y nahuas de la región del Valle de Tehuacán. Como lo enunció Gruzinski para el proceso imaginario de colonización en Mesoamérica:

Las perturbaciones que la Conquista provocó durante varios años, y las campañas de evangelización hechas por los franciscanos que llegaron en 1523, contribuyeron a diseminar y en ocasiones a destruir una gran parte de esos patrimonios orales o pintados (...) Los años de 1525 a 1540 fueron la época de las persecuciones violentas y espectaculares. Quince años durante los cuales partes enteras de las culturas indígenas se dieron en la clandestinidad para adquirir, frente al cristianismo de los vencedores, el estatuto maldito y demoniaco de la “idolatría” (2016, p. 25).

La actual ciudad de México fue construida sobre la antigua Tenochtitlán en el siglo XVI y en el caso de la región sureste de Puebla, los asentamientos donde vivían los ngiguas, mixtecos y nahuas se construyeron nuevos pueblos, entre ellos Tehuacán, y después fueron adquiriendo importancia como centros

de poder político y económico. Barrios y Santiago señalan que, “En 1660, la población de Nuestra Señora de la Concepción de Tehuacán compró a la Corona española su título como “Ciudad de Indios”” (2004, p. 9), y afirman que:

Tehuacán cuyo nombre completo es “Tehuacán ciudad de indios”, es llamado así porque el 16 de marzo de 1660 los indígenas de la región compraron el título de la ciudad a la corona española, ganándole a criollos y españoles el derecho a ponerle apellido a esta población, ya que estos últimos quisieron que se llamara “Tehuacán de la Concepción y Cueva””, en honor a una virgen ibérica. Su toponimia es un vocablo náhuatl que puede entenderse de varias maneras, desde “Ciudad de dioses” a “Lugar de sacerdotes”, o simplemente como “Nuestro lugar” o “Nuestra ciudad”. Pero además tiene sus respectivos nombres en las otras lenguas indígenas de la región. Los mazatecos por ejemplo la llaman Tjendá, que significa el Pueblo Grande. El náhuatl, el popoloca, el mixteco y el mazateco son las lenguas indígenas regionales (p. 10).

A la par de este acontecimiento que es fundamental para el imaginario sobre el mundo indio en la historia local, en la Nueva España se creó un “Sistema de encomiendas”, que fue la base legal en la primera parte del periodo colonial de un sistema normativo impuesto a los pueblos originarios. Quienes la encabezaron fueron denominados *encomenderos*. Para el año de 1524 llegaron las

primeras órdenes religiosas a la Nueva España, entre ellas los franciscanos, cuya labor fue evangelizar a la población originaria, pero también contribuyeron a la destrucción de las naciones originarias, entre ellas la ngingua.

García Martínez (2000) afirma que para controlar el territorio de la Nueva España que era muy variado, hubo que imponer obligaciones tributarias y fue así como surgieron las encomiendas.

En total fueron algo más de 500 encomenderos. Cada encomendero se encargaría de mantener en su señorío, es decir en su encomienda la funcionalidad de la relación establecida, así como de atajar cualquier insubordinación, y en pago de sus servicios a la corona, podría quedarse con el tributo debido en ese particular señorío” (García, 2000, p. 243).

En el siglo XVI se fueron formando pueblos de indios (o Altépetl), en varios lugares del ahora territorio de México, que incluyeron regiones de Puebla, entre ellas la de Tehuacán. Cuamatzi (2021, pp. 230-234) explica cómo fue ese proceso y lo considera injusto:

[...] la idea según la cual los colonizadores reconocieron los territorios e instituciones de gobierno de los indígenas y que de ese reconocimiento surgieron los pueblos de indios, no sólo es errada, sino también injusta. Estas poblaciones tuvieron que trabajar y luchar para lograr sobrevivir fuera de la esclavitud de las haciendas y los obrajes como era

el sueño de muchos colonizadores (p. 234).

Andrade argumenta que “Las comunidades diseñaron estrategias de resistencia y negociación ante las autoridades virreinales” (2022, p. 148). En el caso de Tehuacán, como ya se dijo, los habitantes lograron el título de “Ciudad de Indios” en 1660; sin embargo, este hecho histórico fue tomado por la sociedad criolla para apropiarse de las grandes extensiones de tierra en donde habitaban las antiguas naciones ngingua, náhuatl y mixteca a las que fueron desplazando con el paso de los años.

Paradójicamente Tehuacán, que había logrado considerarse población india, se convirtió a lo largo de cinco siglos en una de las ciudades que exaltan y adornan el proceso colonizador, otorgando a los franciscanos y a las otras órdenes religiosas que llegaron desde el siglo XVI, la categoría de promotores de un “enorme legado”. Por ejemplo, el ayuntamiento local (2018-2021), a la participación franciscana en el proceso colonizador la considera como “Una huella imborrable”. Así lo expresó Pilar Romero:

Alentados por la información de que la santísima Virgen, en su advocación de la Inmaculada Concepción, como muestra del amor a los tehuacanos se había aparecido en una cueva del Cerro Colorado, llenos de alegría y entusiasmo, buscaron el apoyo de los habitantes de los pueblos vecinos como Ajalpan,

Zinacatepec, San José y San Mateo, y comenzaron la obra que tal vez dirigió fray Juan de San Francisco, misma que estuvo terminada para 1540, en lo que se conoce como Tehuacán viejo o Calcahualco (2020, pp. 9-10).

Los cronistas e historiadores locales se han encargado de exaltar la labor colonizadora y por lo tanto han logrado contribuir a borrar y eliminar al pasado histórico tanto náhuatl como náhuatl de la historia de Tehuacán. Por ejemplo, José Luis Olivier en la revista “Patrimonio e identidad” considera lo siguiente:

Creo que la orden franciscana nos dejó un legado que fue fundamental en la conformación de un nuevo pueblo. Sin duda su filosofía de humildad y defensa de los más desprotegidos ayudó a que este proceso transcurriera lo mejor posible, dejando una importante evidencia de nuestro patrimonio histórico (2019, p. 2).

Por su parte Setién Gómez en su libro monográfico sobre Tehuacán asegura que:

El hábito franciscano evangeliza, enseña las nuevas técnicas y establece esta ciudad. Llegan los de la orden y levantan el convento, la “Casa grande” de San Francisco en Tehuacán. Desde esta candela se irradia la luz del cristianismo hacia distintas poblaciones circundantes [...] los de Tehuacán fueron franciscanos de la más estrecha observancia y las capillas de visita de-

bieron estar contruidos con materiales pobres, como los votos de sus frailes (1998, p. 15).

Para el discurso histórico de mestizaje criollo, la interpretación sobre la creación de la ciudad de Tehuacán se debe entender en una dinámica de cordialidad propuesta por el Rey en el siglo XVI, pero omite todo el proceso violento que tuvieron que vivir los pueblos náhuatl y nahuas, quienes fueron desplazados y borrados de la historia local. Las poblaciones originarias fueron invadidas y en sus nombres se les colocó el de un Santo Patrón, quien desde entonces tiene un papel preponderante en el simbolismo y en la mitología de cada pueblo, como podemos observar en el discurso retomado por Setién en 1998, para explicar el proceso colonial en la región: “Vetancourt relaciona 25 pueblos pertenecientes al convento de Tehuacán. Entre ellos: San Juan Axalpa, San Sebastián Zinacatepec, San José Oxpaco, San Miguel Tlacoxalco, San Miguel Tectipan, San Marcos Necohtla, entre otros” (p. 15).

3) El discurso histórico sobre la cultura del maíz

La región bio-cultural del Valle de Tehuacán es desde hace mucho tiempo foco de atención de diversos especialistas de campos del conocimiento, debido a la importancia de sus recursos naturales, sus plantas endémicas, su flora, sus paisajes, los hallazgos paleontológicos, pero también por su arqueología e his-

toria.

Declarada y protegida por la UNESCO desde 2018,⁵ incluye a casi 30 municipios de Puebla y Oaxaca. Para este trabajo nos enfocamos en el análisis del municipio de Tehuacán y en la importancia que tuvo en ella la cultura ngigua, que habitó parte de esta región y que, en la actualidad, aunque hay presencia, esta es negada como lo explicamos en el apartado anterior.

La región del Valle de Tehuacán ha sido estudiada desde hace más de 100 años por biólogos, geólogos e incluso por paleontólogos de diferentes lugares del planeta, por supuesto en su historia cultural los trabajos de Richard McNeish realizados en la década de 1960 y 1970. Dichas investigaciones siguen siendo indispensables para estudiar la región, de igual manera hay que destacar "... la gran calidad de la investigación realizada por Paul Kirchhoff, Luis Reyes García, e Hildeberto Martínez (Cuamatzi, 2021, p. 214).

De las zonas arqueológicas de la región que se encuentran abiertas al público, que son resguardadas por el Instituto Nacional de Antropología e Historia

(INAH), se cuenta con Tétéles de Santo Nombre (700 a. C – 650 d. C.) y Ndashjian o Tehuacán el Viejo (1000 d. C al 1456 d. C.), pero también Tepexi el viejo y otras zonas que no están abiertas al público como el Cuthá en Zapotitlán Salinas. Carranza (2018, pp. 24-35) hace un recuento de los principales sitios en la región ngigua.

A pesar de la relevancia que tiene el Valle de Tehuacán, la historia cultural y arqueológica de la región se encuentra en construcción. Castellón enuncia lo siguiente:

La arqueología del sureste de Puebla es aún muy poco conocida a pesar de que el valle de Tehuacán fue objeto de uno de los proyectos más extensos, multidisciplinarios e innovadores durante la segunda mitad del siglo XX (MacNeish *et al.*, 1972). Las antiguas culturas de esta área fueron estudiadas en sus etapas más antiguas para explorar los orígenes de la agricultura y la vida sedentaria, pero las etapas posteriores quedaron pendientes y solo se documentaron de manera muy general (2022, p. 23).

De los estudios arqueológicos e históricos se conoce que la región ha sido habitada desde al menos 14 000 años y que los grupos étnicos dominantes han sido el ngigua, mixteco y náhuatl; es decir, hay presencia de dos familias con sus agrupaciones lingüísticas, y también hacia la ciudad de Tehuacán hay fuerte presencia de población mazateca que

5. El Gobierno de México en 2018 apoyó la propuesta de declaratoria de la UNESCO de la región como Patrimonio Biocultural de la Humanidad y publicaron lo siguiente: "El valle de Tehuacán-Cuicatlán se encuentra dentro de la Reserva de la Biósfera Tehuacán-Cuicatlán en el centro sur de México, entre los estados de Oaxaca y Puebla y cuenta con una superficie de 145 mil 255 hectáreas".

ha migrado proveniente del estado de Oaxaca. Sobre Tehuacán, Licona dice que:

La ciudad se localiza en la región Tehuacán-Sierra Negra, donde habita población indígena nahua, popoloca, mazateca y mixteca, que, junto con un gran número de mestizos, la convierte en un área pluriétnica de aproximadamente 650 mil habitantes; 87,52% habita en el Valle y 12,48% en la Sierra Negra (2014, p. 145).

La propuesta arqueológica realizada por Blas Castellón destaca que esta región tiene un pasado muy extenso, ya que fueron varias las ciudades estado que se desarrollaron en este territorio, desde una perspectiva histórico-arqueológica mesoamericana: “[...] la amplia región que hoy es el asiento de comunidades ngiwa, nahuas, y mixtecas, fue también escenario de sociedades urbanas tempranas emergentes, con elementos arquitectónicos propios y compartidos con otras regiones” (2022, p. 25).

La región⁶ tiene efectivamente una

6. A partir de la declaratoria de la UNESCO, el Gobierno de México ha expresado la importancia histórica y cultural de la región: “Es un sitio clave para el origen y desarrollo de la agricultura en Mesoamérica, ya que ha proporcionado información sobre la domesticación de especies como el maíz (*Zea mays*) y cuenta con vestigios arqueológicos que datan de hace 14,000 años de antigüedad. De igual forma, el Valle es testigo del surgimiento de las lenguas proto-otomangues que dieron lugar a la familia

larga ocupación humana, la cronología propuesta por Richard McNeish indica de ocupaciones muy antiguas que se extienden hasta casi 10 000 años atrás según Aguirre Beltrán (1992), pero desde la perspectiva del primero, la presencia histórica es de más de 18 000 años y, según Semo (2006) hasta de más de 30 000. Las etapas expuestas en el museo del Valle de Tehuacán son las siguientes:

Cronología expuesta por McNeish y reinterpretada por Aguirre Beltrán (1992)

- Ajuereado (8,000 a 6,500 a.C.)
- El Riego (6,500 a 4,900 a.C.)
- Cozcatlán (4,900-3500)
- Abejas (3,500 a 2,300 a.C.)
- Purrón (2,400-1500 a.C.)
- Ajalpan (1500-900 a.C.)
- Santa María (900- 200 a.C.)
- Palo Blanco (200 a.C-700 d.C.)
- Venta Salada (700 d.C. a 1540)

Tabla 1.

Fuente: Aguirre Beltrán, 1992, pp. 14-17.

Castellón en su más reciente estudio, *Arqueología de las Primeras Sociedades Urbanas del Sureste de Puebla* (2022, pp. 23-50), presenta hallazgos arqueo-

lingüística más antigua y diversificada del continente americano” (Gobierno de México, 2022).

lógicos desde el Preclásico tardío (550 ac-15 d.C.), el Clásico temprano (150-300 d.C.), y muestra interesantes datos específicamente de la zona arqueológica de Teteles de Santo Nombre, elabora además “una tabla con algunos de los sitios que florecieron a lo largo del valle de Tehuacán...” (p. 29).

Uno de los elementos históricos más interesantes para conocer la historia de los pueblos originarios del Valle de Tehuacán que presenta Blas Castellón es la hipótesis siguiente: “A inicios de la fase Palo Blanco (150-300 d.C.), debieron existir variantes de proto-ngiwa, proto-mixteco, o proto-mazateco, entre otros futuros idiomas” (p. 40).

Con base en la presencia histórica de civilizaciones de origen mesoamericano en la región del Valle de Tehuacán, que va desde los actuales municipios de Tecamachalco, Tlacotepec, Tehuacán, Zapotitlán Salinas, Coxcatlán, y varios más del sureste de Puebla en sus límites con Oaxaca y Veracruz, hasta Cuicatlán, Oaxaca, por su importancia arqueológica, étnica y lingüística, consideramos necesario revalorar la presencia del legado de los pueblos originarios, en especial del ngigua (popoloca) en una dinámica intercultural histórica, y que tiene como el municipio más importante a Tehuacán.

4) Presencia indígena actual en Tehuacán

Tehuacán es el segundo municipio más importante del estado de Puebla y con mayor población después de la capital. Puebla tiene un total de 6 583 278 habitantes; su porcentaje de población indígena según el censo 2020 es alto,⁷ de 604 471 habitantes,⁸ ocupa el cuarto lugar en población indígena a nivel nacional; 10 de cada 100 personas en Puebla son hablantes de alguna lengua indígena. Tehuacán es la segunda ciudad más poblada del estado y también la segunda de mayor importancia económica y política en la entidad. En el siguiente cuadro presentamos, según el INALI (2009), la presencia de agrupaciones de dos familias lingüísticas en la región:

Familia lingüística	Agrupación lingüística y autodenominación	Principales localidades en municipio de Tehuacán y vecinos como Zapotitlán, Tepanco y Tlacotepec.
----------------------------	--	--

7. INEGI, 2020, Número de habitantes: <https://www.cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/pue/poblacion/default.aspx>

8. INEGI, 2020, Lengua indígena: <https://www.inegi.org.mx/temas/lengua/>

<p>Yuto nahua</p>	<p>Náhuatl, náhuatl de la Sierra negra, mexicano</p>	<p>Aurelio Castillo Contreras, Coapan, Cocomulco, Colonia Guadalupe, Cristo Rey, El Chiquilín, El Progreso, Municipio de Tehuacán. Aurelio Castillo Contreras, Coapan, Cocomulco, Colonia Guadalupe, Cristo Rey, El Chiquilín, El Progreso, Licenciado Luis Donaldo Colosio Murrieta, Los Olivos, Magdalena Cuayucatepec, Otlamaxalco, Quebradora Santa Mónica, Rancho Atemaco, Rancho Cabras (San Salvador Oztolotepec), Rancho Calcahualco, Rancho San José Tochapa (Casa Blanca), Rancho San Marcos, Resurrección (Meseta el Riego), San Cristóbal Tepeteopan, San Marcos Necoxtla, San Miguel, San Pablo Tepetzingo, Santa Catarina Oztolotepec, Santa Cruz Acapa, Santa Cruz Uno, Tehuacán, Veintiuno de Marzo</p>	<p>Otomangué</p>	<p>Mixteco. Da'an davi (de Zapotitlán) [ðã?ã ðaβi] <mixteco de Zapotitlán></p>	<p>Municipio: Zapotitlán Salinas (vecino de Tehuacán) Agua Tecolote, Ejido Guadalupe, El Manantial, Estanque Viejo, Estanzuela, Guadalupe la Meza [Guadalupe la Mesa], Miguel Hidalgo y Costilla, San Antonio Texcala, San Pablo Netitlán, San Pedro Atzumba, San Pedro Netitlán, Tilapa, Zapotitlán Salinas.</p>
			<p>Otomangué</p>	<p>Popolcanguiwa del norte, ngiba del centro, ngiva del poniente, ngiwa del oriente</p>	<p>Municipios: Tehuacán. Tlacotepec de Benito Juárez, localidades: Colonia Cuauhtémoc, El Gavilán, El Mirador, Guadalupe, La Virgen, Los Cerritos [La Chinua], Monte de Oro, Palo Verde, Piedra Hincada de la Soledad, Rincón de Sompantle, San Francisco Esperilla, San José, San José Buenavista, San Juan Zacabasco, San Marcos Tlacoyalco, San Martín Esperilla, San Pedro. Tepanco de López: Buenavista, San Luis Temalacayuca. Zapotitlán Salinas: Agua Mezquite, Los Reyes Metzontla, Zaragoza.</p>

Otoman-gue	Mazateco de Puebla An xo'boo [ã.foʔbo:]	Tehuacán, Coyomeapan, Tlacotepec de Díaz y otros municipios
Otoman-gue	ngiba (del centro) [ŋgiba] <popoloca del centro>	Tepexi de Rodríguez: Guadalupe, San Felipe Otlaltepec, Tres Cruces y Tehuacán.

Tabla 2. Familias lingüísticas en la región del Valle de Tehuacán
Fuente: INALI, 2009.

La población indígena registrada en el censo 2020 es diversa, aunque en el estado de Puebla según el IPPI⁹ (2022), se reconocen siete grupos étnicos: náhuatl, mazateco, ngigua, mixteco, totonaco, tephua y otomí. En Tehuacán confluyen nueve grupos étnicos: náhuatl, mazateco, mixteco, popoloca, cuicateco, zapoteco, chinanteco, totonaca y huasteco.¹⁰ El grupo con mayor población indígena en Tehuacán es el náhuatl con 15 527 habitantes, le siguen el mazateco con 6 277; el mixteco con 1 184 y el popoloca con 535. Tehuacán tiene un total de 327 312 habitantes (INEGI, 2020, p. 19).

9. Instituto Poblado de los Pueblos Indígenas, 2022, Normatividad: <https://ippi.puebla.gob.mx/es>

10. Gobierno de México, 2022, Tehuacán, Municipio de Puebla: <https://datamexico.org/es/profile/geo/tehuacan?redirect=true>

Una de las principales características de la población indígena de Tehuacán es que es móvil, migrante, que ha sido desplazada, sobreexplotada en los últimos años en las maquiladoras (Barrios y Santiago, 2004) y que son negados por los grupos dominantes y de elite de la cabecera municipal.

En la actualidad la información etnográfica e histórica sobre la cultura ngigua principalmente ha sido desarrollada por Alejandra Gámez y recientemente el cuerpo académico de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla con Sabino Martínez, Olivia Castillo y algunas investigaciones que empiezan a generarse desde la Universidad Intercultural del Estado de Puebla, unidad sur; además hay algunas tesis y monografías de los ngiguas y estudios antropológicos en la BUAP, en la UNAM y CIESAS. Gámez describe microrregiones donde se sitúan los popolocas alrededor de la ciudad de Tehuacán:

Los popolocas habitan principalmente en tres zonas que forman una región sin continuidad geográfica alrededor de la ciudad de Tehuacán. La primera de estas zonas se sitúa al noroeste de Tehuacán, donde se localizan comunidades como San Marcos Tlacoyalco y San Luis Temalacayuca. La segunda zona se halla al oeste de Tehuacán y comprende los pueblos de San Felipe Otlaltepec, San Vicente Coyotepec, Santa Inés Ahuatempan, Almolonga, San Antonio Huejonapan y Nativitas Cuautempan. Al sur de Tehuacán se sitúa la tercera zona, con los pueblos de

San Juan Atzingo y los Reyes Metzontla (2006, p. 14).

Sabemos de la importancia de la presencia mixteca, mazateca y náhuatl, pero nos interesa reflexionar sobre los ngiguas que han sido omitidos en varios de los discursos de los museos, de los libros y monografías de Tehuacán; este grupo es conocido comúnmente como “Popoloca”, que significa tartamudo (Gámez, 2006). Dicha denominación fue impuesta por los mexicas previo a la llegada de los españoles, y expresa tanto el proceso colonizador doble por el que pasaron (el mexica y el hispano), pues como afirma Andrade:

La ruptura lingüística coincidió con la llegada de hablantes nahuas a la región de Tehuacán, los nonoalcas, y alrededor del 1400 ya había fuerte presencia de otros más, los mexicas, quienes en una guerra que se verificó entre 1455 y 1461 tomaron bajo control Nchijian (Bringas, 2010, p. 66, Balderas, 1998, pp. 54-55, citado por Andrade, 2002, p. 135).

La lengua ngigua es de tipo tonal, por lo que seguramente tanto para los mexicas como para los españoles les fue difícil comprenderla, por lo que la denominación despectiva de popoloca, fue adjudicada a este grupo social. Hay que destacar que casi siempre aparecen descritos como “indígenas de Tehuacán” y como afirma Gámez (2003, p. 9) han sido poco estudiados.

4) Presencia indígena actual en Tehuacán

Los imaginarios sobre el mundo indígena en Tehuacán serán entendidos como discursos-prácticas sociales (Haidar, 2006) con materialidades expresadas en las vitrinas del museo, tanto en la sala permanente en la que se presenta el origen prehispánico y el desarrollo del maíz, como en las salas sobre los sistemas normativos impuestos durante la colonia.

Debido a lo presentado en los apartados anteriores, nos dimos a la tarea de hacer un registro sobre las salas del museo del Valle de Tehuacán, con el objetivo de encontrar que a pesar de que en las exposiciones se encuentra siempre un imaginario sobre el mundo indígena, no se le menciona por su nombre, la mayoría de lo expuesto se asocia a un pasado inerte, glorioso y diverso. Sin embargo, se encuentran presentes elementos que han tenido continuidad hasta nuestros días, el principal es el relacionado a la importancia simbólica y mítica del maíz.

En México los museos han jugado un papel central para entender la historia, sobre todo desde una perspectiva nacionalista; existe una Red de Museos administrados por el INAH, que incluye a 162 (INAH, 2022), y que permiten entender el importante pasado mesoamericano, colonial y actual de México. Sin embargo, en muchos de ellos se requiere revisar los discursos sobre las naciones originarias, para que el público que asiste comprenda mejor el lugar histórico y

étnico que tienen.

El museo del Valle de Tehuacán se encuentra ubicado en el exconvento Carmelita que data según los registros locales del año 1740; en la actualidad es parte del “Complejo cultural El Carmen-El Calvario”. Donde además del Archivo municipal de Tehuacán, se encuentra la biblioteca municipal “Joaquín Paredes Colín”. El parque ecológico es un espacio donde se desarrolla parte de la vida cultural-artística de la ciudad de Tehuacán, cada año tiene su feria de libro durante el otoño, además hay restaurantes y cafés.

La principal idea expuesta en el museo del Valle de Tehuacán es la de un mundo indio estático, inerte, y que, aunque importante y diverso, su presente no existe y es relegado a una realidad detenida en el tiempo, específicamente en el pasado mesoamericano y en la fundación de Tehuacán, es imaginada como estática y por lo tanto colocada en una posición de pasado histórico en vitrinas.

La primera sala del museo del Valle de Tehuacán inicia con la siguiente leyenda: Sala 1 “Opresión dignidad y rebelión, miradas históricas a un Tehuacán multicultural”. Se trata de una exposición muy valiosa que muestra en términos generales cómo fue estructurado el proceso colonial español, que impuso un sistema normativo, concentrándose la creación de Tehuacán como “Ciudad de Indios en 1660”, hecho histórico que paradójicamente es utilizado por el sistema colonial para imponer una castellanización histórica.

En la parte inicial de esta primera sala se exhiben los nombres de los personajes que intervinieron en el nombramiento de Tehuacán como “Ciudad de Indios”, en sustitución del nombre propuesto en ese entonces que pretendían fuera en 1554 como “Tehuacán de la Concepción y Cuevas”. Se resalta la posición del Rey Felipe IV al centro, de la división entre República de Españoles y República de Naturales. El primer discurso histórico que consideramos representativo dice lo siguiente:

República de indígenas y españoles:

Gonzalo Matzatzil Tehuchlli tras evitar la batalla con Hernán Cortés integró al señorío de Tehuacán para someterlo a la corona, ulteriormente en 1540 se dio en encomienda...quedando en 1558 bajo el dominio absoluto de los reyes. La primera organización del gobierno fue la alcaldía mayor, cuya finalidad era encargarse de las relaciones entre españoles e indígenas... en 1554 Alonso de Mota fue designado alcalde Mayor. Posteriormente se instituyó la República de Indios, representada por sus caciques y principales, ostentando los cargos de gobernador, alcalde, alguacil, regidor, mayordomo, topiles y escribano. A partir del 16 de marzo de 1660 convivieron ambas instancias del gobierno político administrativo instituidos por la Corona: la indígena y la española. (Descripción tomada por los autores en el museo del Valle de Tehuacán, junio de 2022).

Lo más importante que expone este museo es el libro original donde se exhibe el documento de la fundación de Tehuacán como ciudad de indios, con sus actas. Agregamos una fotografía de este importante documento al final del artículo (ver Figura 1).

La exposición actual fue realizada por las curadoras: Mtra. Elisa Pérez Alemán y Mtra. Blanca Lara Tenorio, con base en investigaciones realizadas en el Archivo General de la Nación y en el archivo judicial de Puebla. En el siguiente cuadro mostramos de manera general lo que se expone en las dos salas del museo del Valle de Tehuacán, destacando que no se menciona a la cultura ngingua.

Sala 1. Exposición sala temporal: “Opresión, dignidad y rebelión, miradas a un Tehuacán multicultural	Sala 2 “La real justicia en Tehuacán”
1) Facsímil de 1664. Libro Real de la hacienda de los tributarios de la provincia de Tehuacán. 2) Documentos que muestran el proceso de evangelización en Tehuacán. 3) Documentos sobre epidemias en la región de Tehuacán. 4) Documento sobre la rebelión en San Gabriel Chilac en 1793	1) Resumen general sobre la conformación sobre las instituciones judiciales en Tehuacán. 2) Exposición dedicada a José María La Fragua Y Ibarra (1813-1875). 3) Explicación sobre la justicia ordinaria en

5) Documento de protección de los naturales de San José Miagatlán, San Gabriel Chilac, San Pedro Teteltitlán y San Mateo Tlaxcoxcusco 6) Espadas de la corona de 1536, que mostraban que los macehuales no debían portar armas. 7) látigo para azotar a un indio llamado Ignacio Guadalupe. 8) Caja de comunidad como ejemplo de cómo eran los tributos. 9) Documento de 1838 en el que un indio enfrentó a un juez de paz en una boda y este fue azotado a varazos. “Los indios eran enemigos para las familias de razón; los naturales estaban acostumbrados a ser castigados”, se trata de una normativa jurídica facsímil de Pedro Cahuantzi de 1838. 10) Cuadro de vecinos de Tehuacán entre 1716 y 1768. 11) Exposición sobre la presencia de la	Tehuacán. Destaca la jerarquía del tribunal de primera instancia sobre los representantes de los indios. 4) Explicación de los tribunales especiales, de los jueces. 5) Datos biográficos sobre José María La Fragua Y Ibarra. 6) Pintura del jurista. 7) Armas de la época 8) Exposición de mapas de Tehuacán y la región. 9) Datos sobre la minería en Tehuacán
--	---

<p>tercera raíz: la africana.</p> <p>12) Facsímil del año 1628, sobre un individuo negro llamado Daniel González vecino de Tehuacán, la orden compañía de Jesús lo vendió como esclavo con 12 mulas.</p> <p>13) Documento de auge de esclavos de 1611, con piezas de ébano.</p> <p>14) Reproducción de hierro, esclavos como mercancía, grilletes y cadena.</p> <p>15) Documento de 1751. Muestra el regocijo jurídico que concede la libertad por favores a los indios.</p> <p>16) Facsímil de 1795 realizado por Fernando Contreras sobre el indio Justo José que fue acusado por la real Justicia de escándalo.</p>	
--	--

Tabla 3

Fuente: Elaboración propia, con base en registro realizado entre mayo-septiembre de 2022.

<p>Sala permanente origen del maíz</p>
<p>Muestran las fases de desarrollo con base en las investigaciones de Richard McNeish: de la fase Ajuereado a Venta Salada, de 18,000 a 1540 d. C. Las vitrinas exponen lo siguiente:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1) Explicación sobre la importancia del maíz en la región, titulada: “Más que una semilla”. 2) Utensilios utilizados por los primeros habitantes de la región, entre ellos obsidianas, armas de piedra, metates con maíz. 3) Muestra sobre las primeras aldeas y cómo fue el camino a la agricultura, se muestran plantas antiguas, frijol, calabaza, tomate, aguacate, huesos de cosahuico, guaje, amaranto, maguey, algodón, maíz. 4) Una vitrina titulada: “En memoria al difunto”. Muestra una Ofrenda mortuoria, águila, vasijas, 3 flautas, y una figura de una mujer representativa de la cultura de la región de Tehuacán. 5) Se muestra cómo fue el control sobre el agua y algunos de los primeros objetos de cerámica. Entre ellos uno de aproximadamente 2 300 años del periodo Purrón. 6) Cerámica del periodo Clásico, 200-900 d.C. con 8 objetos de cerámica purrón, abejas, semilla de pasto, nopal, maíz. 7) Muestran también una ofrenda mortuoria de Santa Ana Teloxtoc, escudos, chimallo, 6 piezas, 4 máscaras,

este chimalli estuvo en préstamo al museo del Templo Mayor de la Ciudad de México, de agosto 2018 a marzo 2019.

8) Destaca una representación de la diosa Xillonon, cuyo autor es Benjamín Huerta, realizada en el año 2002, proveniente de Tlaxcala.

9) Finalmente se muestran piezas que representan la industria de la sal, así como collares, caracoles, piezas que representan a mujeres y cultos fálicos, además de platos de fondo sellado, vasijas.

Tabla 4

Fuente: Elaboración propia, con base en registro realizado entre mayo-septiembre de 2022.

La sala “El Valle de Tehuacán” expone importantes piezas recabadas durante las expediciones de Richard McNeish, de igual forma presenta la cronología que permite entender la importancia del maíz y su domesticación. Al inicio de la exposición se muestra un mapa que delimita de manera general la región y presenta además lo más relevante de los recorridos realizados por el equipo de arqueólogos en las décadas de 1960 y 1970.

Al fondo de la sala hay una enorme representación de la diosa que representa al maíz Xillonon, realizada por Benjamín Huerta, artista de Tlaxcala (ver Figura 2); esta imagen es prioritaria no solo para el museo, sino para la pretensión de otorgar a Tehuacán la centralidad del maíz. Sobre esto, el museo expone la cronología original desarrollada por McNeish y que ha tenido varias interpretaciones. Destacamos la descripción de años, que va de 18 000 al 6950 a.C. en la que los primeros

pobladores se agruparon en pequeñas aldeas, recolectaban plantas, insectos y cazaban animales.

En la exposición se muestran piezas provenientes de la región ngigua, por ejemplo, una vitrina donde hay una ofrenda mortuoria proveniente de Santa Ana Teloxtoc, del periodo clásico, las piezas de culto a la muerte tienen una similitud con piezas que se han encontrado en Ndchjian (Tehuacán el Viejo). También se presenta el Chimalli, una pieza que estuvo de préstamo por su importancia en el museo del Templo Mayor entre 2018 y 2019; es una de las más relevantes exhibidas en esta sala.

Siguiendo la cronología presentada, destacamos que, del 6950 al 5050 a. C. los grupos asentados en la región comenzaron a crecer y tuvieron la necesidad de obtener alimento, comenzó la domesticación de diferentes plantas como: el aguacate, calabaza, chile, amaranto, algodón y una gran variedad de maíz. Para poder consumir el maíz se utilizaron diferentes utensilios con el fin de moler esta semilla; se exponen algunos de ellos en las vitrinas. Además, hay una explicación que indica que, del año 3450 al 2350 a. C. surgieron pequeños campamentos a la orilla de ríos y comenzaron a domesticar animales distintos para su alimentación. También se expone que, en el año 1500 a. C. se desarrolló la cerámica característica de este territorio.

De la información recopilada durante el registro en el museo de Tehuacán, destacamos los rasgos culturales re-

lacionados con el tejido con algodón. Además, se muestra en la museografía que como parte de la alimentación el maíz fue ocupando un lugar importante con el paso de los años, pero para garantizar el crecimiento de la planta y por ende su supervivencia, se debía realizar modificaciones para poder otorgar mejores resultados a su cosecha. Para ello se tenían que tomar diferentes medidas y así poder obtener una alimentación en maíz molido, más lo que obtenían recolectando frutos y la carne de la caza. También se destaca que durante el año 900 a. C. los pobladores ya dominaban los cultivos en su totalidad, entonces como tenían grandes cantidades de cosechas podían permitirse intercambiar con otros grupos. En años posteriores se siguieron mejorando los sistemas de cosechas para una mejor alimentación hasta llegar al año 200 a. C. donde comenzaron a realizar construcciones más sólidas y grandes. Finalmente, en el año 700 a. C. al 1540 d. C. se comenzó a realizar la venta de diferente alimento, frutas, utensilio de piedra y sobre todo el maíz.

CONCLUSIONES

Tehuacán ha tenido una importancia relevante para la historia de los pueblos ngiguas en la región, en el presente sus rasgos culturales son visibles en los diferentes barrios, colonias populares y en su centro histórico, hay evidencias de que a pesar del dominio de una élite de origen colonial que se fue asentando

desde el siglo XVI, la presencia ngigua es importante. Sin embargo, los imaginarios sobre lo indígena son confusos entre la población actual y a este grupo se les encasilla en la categoría de indio; esto nos hace suponer que mucha gente que todavía habla la lengua ngigua y que habita en Tehuacán lo niega cuando por ejemplo se realizan los censos, pues la población registrada hablante de lengua ngigua es muy poca. Esto tiene que ver también con un proceso de modernización por el que ha pasado la región y que explica Juan Carlos Andrade (2022, pp. 131-150).

Los imaginarios construidos en la región del sureste de Puebla en torno al uso del maíz como rasgo de identidad étnica del pueblo ngigua son evidencia sobre la presencia viva del mundo indígena en Tehuacán, pues existe todo un simbolismo vivo, expresado en la cotidianidad de Tehuacán. De manera contrastante son muy pocas las menciones que se encuentran sobre las civilizaciones originarias, especialmente las que corresponden a la cultura ngigua en el museo del Valle de Tehuacán, en las monografías escritas sobre este municipio, en los libros y revistas escritos por sus cronistas locales a lo largo del tiempo, como lo presentamos en el caso de *Patrimonio e Identidad*, publicado por el Ayuntamiento de Tehuacán. La única mención directamente relacionada a la cultura ngigua y que aparece como popoloca, se encuentra en el famoso mural que se exhibe en el Palacio Municipal de Tehuacán.

Aunque la presencia histórica es evidente y las prácticas culturales alrededor del maíz son parte del presente, no encontramos evidencia de referirse por su nombre a la nación ngigua en el museo. Consideramos que esto se debe a que las elites que controlan Tehuacán han construido un imaginario criollo y la explicación sobre la historia de su museo es uno de los elementos en donde refrendan su distinción de mestizaje criollo, que niega lo indio, aunque lo resalta en la práctica del discurso de su pasado, ya que se encuentra en un espacio muy representativo sobre la construcción antropológica e histórica como lo es el Complejo Cultural del Carmen, donde se resalta la historia de un mestizaje colonial que se impuso sobre el mundo indio, por lo que fue necesario colocarlo como parte de un pasado glorioso, pero estático, la cultura indígena en Tehuacán fue colocada en vitrinas de un museo.

El rasgo cultural del maíz ha sido el más característico en la vida cotidiana de la cultura ngigua y sus antecesores desde que al menos cuentan con siete mil años de presencia. El simbolismo y la cosmogonía viva que da forma a un etnoterritorio (Gámez, 2022, p. 55) son elementos fundamentales que sugerimos deben agregarse al museo del Valle de Tehuacán y a los discursos históricos en la cabecera municipal.

En la región del Valle de Tehuacán se ha construido un imaginario sobre una ciudad en la que el mestizaje fue central, por lo que entender que los colonizadores europeos impusieron un sistema

normativo para controlar a los pueblos originarios que fueron invadidos en el siglo XVI, es un punto muy importante para comprender las causas por las que han sido omitidos de los discursos como sujetos de derecho.

Concluimos con que, desde nuestra perspectiva, nombrar a los ngiguas en el museo a partir de sus nombres propios sería un primer paso relevante para su reconocimiento como grupo central en la historia de Tehuacán. Frente a la imposición de una visión eurocéntrica, tanto en las exposiciones del museo, como en sus explicaciones, consideramos importante incluir un espacio histórico que resalte no solo la importancia del maíz, sino que nombre al pueblo ngigua como parte de ese presente relacionado al pasado y al sujeto histórico, es decir, desde una perspectiva discursiva inserta en la Antropología Histórica.

Con lo expuesto en este artículo, esperamos que frente a la nueva relación entre el Estado con sus pueblos originarios, entre ellos el ngigua y siendo que Puebla es la cuarta entidad con población indígena y Tehuacán la segunda ciudad más importante en lo económico, cultural, político e histórico, hacia el futuro se reconsideren los discursos expuestos en la museografía poblana y que se camine hacia una revaloración de la identidad ngigua, que incluya el integrar sus nombres propios en los discursos históricos.

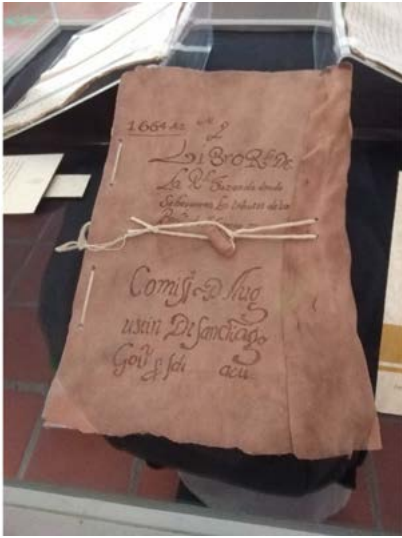


Figura 1: Documento de Tehuacán como ciudad de indios expuesto en el museo.
Fotografía: Daniela Varillas Pérez



Figura 2: Representación de la diosa Xilonen expuesta en la sala del maíz.
Fotografía: Daniela Varillas Pérez

REFERENCIAS

- Aguirre Beltrán, G. (1992). *Zongolica encuentro de dioses y santos patronos*. Universidad Veracruzana- INI, Fondo de Cultura Económica.
- Andrade, J. C. (2021). Repensar la cuestión indígena desde la región de Tehuacán. En G. López Varela et al, *A más de 500 años de la invasión de Mesoamérica*, pp. 173-198. El Errante-UIEP.
- Andrade, J. C. (2022). Afirmación y Negación. *Lenguas y Pueblos Indígenas en la Región de Tehuacán*, en S. Martínez Juárez et al (coordinadores). En *Territorios indígenas, educación e interculturalidad en la región sureste de Puebla y Sur de Veracruz*, pp. 133-150. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Barrios Hernández, M. y Santiago Hernández, R. (2004). *Tehuacán: del calzón de manta a los blue jeans*. Comisión de Derechos Humanos y Laborales del Valle de Tehuacán.
- Bloch, M. (1998). *Introducción a la Historia*. Fondo de Cultura Económica.
- Bonfil Batalla, G. (2005). *México Profundo, una civilización negada*. De Bolsillo.
- Cajal Flores, A. (13 de abril de 2021). Sistema normativo. *Lifeder*. Recuperado de <https://www.lifeder.com/sistema-normativo/>
- Castellón, B. (2022). Arqueología de las Primeras Sociedades Urbanas del Sureste de Puebla. En S. Martínez Juárez et al (coordinadores) *Territorios indí-*

- los Sistemas Normativos Indígenas en México. *Diario De Campo*, (4-5), 117-123.
- Gruzinski, S. (2016). *La colonización de lo imaginario*. Fondo de Cultura Económica.
- Haidar, J. (2000). El poder y la magia de la palabra: El campo del análisis del discurso. En *La producción textual del discurso científico*, pp. 33-65. UAM.
- INAH. (2022). Red de museos del INAH, recuperado de: <https://inah.gob.mx/red-de-museos#:~:text=La%20red%20de%20museos%20del%20INAH%20est%C3%A1%20integrada,hist%C3%B3rico%20o%20arqueol%C3%B3gico%20importante.%20%C2%A1Te%20invitamos%20a%20conocerlos%21>
- INALI-Gobierno de México. (2009). Catálogo de las lenguas indígenas nacionales: Popoloca en Variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geostatísticas. Documento web recuperado en: https://www.inali.gob.mx/clin-inali/html/v_popoloca.html#3
- INEGI. (2020). Censo de Población y vivienda 2020, recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/>
- INEGI. (2020). Número de habitantes, recuperado de: <https://www.cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/pue/poblacion/default.aspx>
- INEGI. (2020). Lengua indígena, recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/temas/lengua/>
- Instituto Poblado de los Pueblos Indígenas. (2022). Normatividad, recuperado de: <https://ippi.puebla.gob.mx/es/normatividad>
- Lara Tenorio, B. (1998). Y dijo el Rey que los pueblos se juntasen, en Setién Gómez Esteban, Tehuacán. *Horizonte del tiempo*. Club Rotario Tehuacán manantiales, Cagigas.
- Licon, E. (2014). Un sistema de intercambio híbrido, el mercado Tianguis La Purísima, Tehuacán Puebla, México. *Antípoda, Revista de Antropología y arqueología*, (18), pp. 137-163.
- Meade, M. (1992). *Cartografía de Tehuacán 1591-1836*. Gobierno del Estado de Puebla.
- McNeish, R. (2019). La cacería del maíz, primera parte. *Patrimonio e identidad de Tehuacán, Revista histórica y cultural bimestral, municipio de Tehuacán Puebla*, pp. 2-8.
- Olivier, J. L. (2019). Presentación. *Patrimonio e identidad de Tehuacán, Revista histórica y cultural bimestral, municipio de Tehuacán Puebla*, p. 2.
- Ponce, E. (2021). Tradición e identidad desde la perspectiva de la Antropología Histórica. En Kuri y Millán (coordinadores), *Avatares de la Antropología Histórica: XX años de reflexión* pp. 97-118. Universidad Veracruzana.
- Romero, P. (2020). Una huella imborrable. *Patrimonio e identidad Revista histórica y cultural bimestral, municipio de Tehuacán Puebla*, pp. 8-14.
- Semo, E. (2006). *Historia Económica de México. Los orígenes. De los cazadores y recolectoras a las sociedades*

tributarias. UNAM.

Setién Gómez, E. (1998). Tehuacán.
Horizonte del tiempo. Club rotario
Tehuacán manantiales, Cagigas.